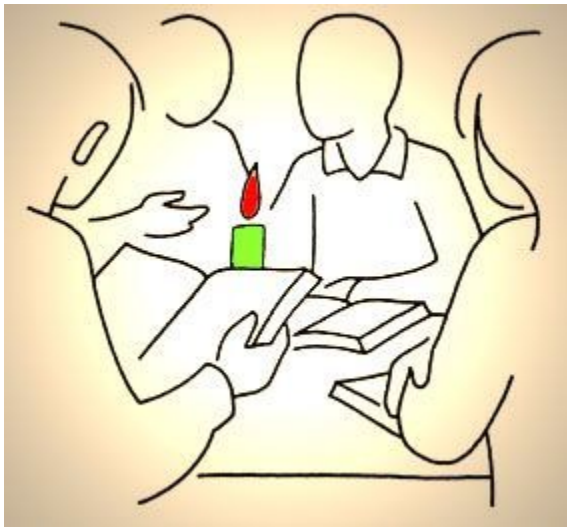


30 DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO. LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: LUCAS 18,9-14



“El haber tenido tantos pecados y servido a Dios tan poco, debe ser causa de no ser tentada de vanagloria” (Relación 4,17).

Algunos, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos, y despreciaban a los demás. No se puede decir más con menos. No hay prisa por cruzar este paisaje. Necesitamos un tiempo largo para masticar cada palabra de Jesús y encontrar otros cimientos a la vida. ¿Por quién me tengo? ¿Cómo me siento? ¿Desprecio a los demás? Es tiempo de dejar que las palabras de Jesús toquen nuestras raíces y las sanen. Sin aprecio a los demás no hay verdad; sin verdad no hay oración; sin oración no hay encuentro con Dios; sin encuentro con Dios no hay fiesta. *Gracias, Jesús. Eres único.*

‘Dos hombres subieron al templo a orar’. Antes que subir al templo a orar hay que bajar al propio corazón para ver nuestro rostro y el de los demás, para descubrir lo que pensamos de Dios y de nosotros. ¿Qué buscamos en la oración? ¿A quién buscamos? Si no cambiamos de imagen de Dios no entenderemos nada, si no dejamos que el viento sacuda nuestro árbol seguiremos con las hojas secas. Lo que más limpia la vida es apreciar a los demás, lo que más nos acerca a Dios es el amor a los otros. *Jesús, busco tus caminos. Tu palabra agita mi vida y la renueva. Gracias.*

‘El fariseo, erguido, oraba así en su interior: ¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás’. Esta oración nos delata, no hay nadie en ella: ni Dios, ni nosotros, ni los demás. Es puro vacío. Solo hay apariencia e hipocresía fina. Esta oración, que deja fuera a Dios y excomulga a los compañeros, ¿qué puede ser? Hay palabras, pero no hay corazón; no hay corazón, porque no hay hermanos, ni compasión, ni gratitud, ni fiesta compartida. *Jesús, esta oración es, muchas veces, la mía.*

El publicano, solo se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador’. La vida rota llega al corazón de Dios, o mejor, la gracia cura todas las heridas. La oración es camino de humildad y de gracia, es encuentro de dos amigos, mendigos los de amor, uno del otro. Para orar no hay que hacer nada, casi no hay que decir nada, solo ser lo que somos ante Dios. Con eso basta. Los orantes somos pecadores hacia los que Dios ha dirigido sus ojos. *Todo lo que soy, depende de tu amor, Señor. Mi corazón se alegra al ser abrazado por ti, Señor. Tú estás en mi vida.*

‘Todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido’. ¡Qué revolucionarias son las palabras de Jesús! Jesús siempre nos espera, nos ofrece un tiempo para reaccionar. Jesús proclama quién ha hallado gracia a los ojos de Dios, quién lleva la frescura y fragancia del Evangelio, quién es un icono de su amor en el mundo. Jesús da visibilidad al que estaba humillado y esconde al autosuficiente. *Solo tú, Espíritu, puedes hacer en mí esta obra. Ven a mi vida, aunque sea un desastre.*

¡Feliz Domingo! Desde el CIPE - octubre 2013